

## Los fanáticos

Gene Huber se ve a sí mismo como «un soldado obediente» al presidente Donald Trump. En el salón de su casa de Boynton Beach, Florida, tiene una imagen de cartón de tamaño real del presidente a la que saluda marcialmente todas las mañanas después de rezar, según me aseguró sin embarazo alguno. Por si acaso dudaba de él, me hizo una demostración durante una visita una tarde. Se cuadró y se llevó la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien: «Buenos días señor presidente, recé por su seguridad». Desgarbado y locuaz, Huber, de 47 años, me dijo que se pasa el día frente al ordenador comunicándose con otros simpatizantes de Trump de todo el país a los que él llama «su familia». Su muro de Facebook es un torrente de propaganda a favor del presidente. En algunas imágenes se ve a Trump rodeado por un corazón o junto a águilas patrióticas; en otro fotomontaje aparece junto al vicepresidente Mike Pence bajo las manos de Dios, como santos en una estampilla religiosa.

Huber es la envidia de muchos admiradores de Trump. Tuvo su momento de gloria cuando el presidente le hizo subir a un escenario durante un mitin en Florida días después de haber asumido el poder. Con las cámaras de televisión transmitiendo el evento en directo, se fundió en un abrazo

con el presidente y éste le dejó decir unas palabras de elogio y agradecimiento. Tres meses después de aquel día especial, me senté a tomar un café con él cerca de su casa, en una de las cafeterías de Dunkin Donuts, en Hypoluxo Road. Me contó que «después del abrazo» había dejado su trabajo de vendedor de coches usados porque no podía concentrarse en otra cosa que no fuera en Trump y había decidido que lo único que daría sentido a su existencia sería dedicarse a tiempo completo a defender al presidente. Me aseguró que tenía un plan para ganarse la vida dando una gira por el país organizando eventos de apoyo y vendiendo *merchandising* de Trump.

«Si el presidente me dice “Gene, la luna se va a volver púrpura esta noche”, yo le creería. Creeré cualquier cosa que él me diga. ¿Qué te parece ese ejemplo?», me dijo Huber para demostrar su lealtad absoluta a Trump: «Todo lo que sale de su boca es la verdad». Aunque no había vuelto a hablar con el presidente desde aquel día, Huber tiene esperanzas de llamar su atención para que le convierta oficialmente en un «embajador del pueblo».

Algunos pensarán que Huber padece un caso de *trumpismo* patológico (su familia así lo cree), pero el presidente tiene muchos otros simpatizantes como él. Son votantes para los que el líder es más importante que sus propuestas. Antes de Trump, la política de EE. UU. ya tenía un componente de megalomanía (acuérdense de las pasiones que

desataba Obama), quizás porque aquí el circo mediático en cada elección es el mayor del mundo. Con Trump, hemos entrado en una nueva etapa, que en algunos casos parece un culto a la personalidad fomentado tanto por el presidente como por sus seguidores. Huber me relató su abrazo con Trump como si se tratara de una epifanía.

Había ido a varios mítines anteriores durante la campaña con el propósito de ser el primero en la cola para hacer saber al resto que él era el seguidor más leal, pero nunca lo había conseguido. No era suficiente llegar al evento ocho, nueve o diez horas antes. Así que para el mitin del sábado 18 de febrero se preparó con más ahínco. Condujo dos horas desde su casa en el sur de Florida hasta un hotel cercano al lugar del evento, en el aeropuerto de Orlando-Melbourne. Se despertó en mitad de la madrugada y tomó un taxi que le llevó a las puertas del aeropuerto donde iba a hablar Trump. Eran las cuatro de la mañana y no había rastro de vida en el exterior. Ataviado con una camiseta negra con la foto de Trump dentro de un aro dorado, se sentó sobre el suelo de cemento a esperar solo, aterido por el frío (en invierno las temperaturas en la tropical Florida pueden desplomarse). Extrañado, un policía se acercó en su coche y se marchó (quizás aún más sorprendido) cuando Huber le explicó que estaba allí porque quería ser el primero en entrar al mitin de Trump, trece horas más tarde.

«Me dije: “Gene, debes ser el primero en llegar a la cola del mitin de Donald Trump porque eso es un honor”. Puedo decir que fui el primero en la cola y eso es importante para nosotros, el pueblo, nuestro movimiento», explicó él horas más tarde a los periodistas que buscaban llenar la cobertura previa al evento con escenas de color. Se había formado una enorme cola tras Huber y ahora la multitud soportaba la espera bajo un sol de justicia, a ratos entreteniéndose con los cánticos que se hicieron famosos durante la campaña, como «construye ese muro» o «enciérrala» (a Hillary Clinton). Algunos compañeros de fila aplaudían a Huber jocosos, animando la espera. «¡Gene para nuestro próximo presidente!», gritó uno con sorna.

Trump, que es un ávido consumidor de los canales de noticias por cable, vio a Huber en televisión no muy lejos de allí, desde el confort de su club de élite de Mar-a-Lago. Un fin de semana más de la temporada invernal, el presidente buscaba el refugio del frío y el estrés de Washington en su lujosa propiedad del sur de Florida, con vistas al océano Atlántico. En Mar-a-Lago, a Trump le rodean los multimillonarios que pueden permitirse pagar los 200.000 dólares de cuota de admisión (Trump subió la tasa de iniciación de 100.000 a 200.000 dólares más impuestos después de su victoria presidencial, en lo que expertos en ética denuncian como un intento descarado de explotar con ánimo de lucro la posibilidad de acceder al presidente. Además de ese pago

de entrada, los miembros deben desembolsar 14.000 dólares al año, más impuestos).

El presidente llevaba menos de un mes gobernando, pero desde el día uno ya tenía activado el modo de campaña. El 21 de enero, el día siguiente a su toma de posesión, millones de estadounidenses se echaron a las calles para protestar contra él en las mayores manifestaciones desde Vietnam. Al aparecer ante miles de partidarios en Florida, Trump quería mostrarle al país que seguía siendo popular. Este mitin iba a ser el primero de muchos, porque según dijo a los periodistas que le acompañaban en el Air Force One antes de aterrizar en Orlando-Melbourne, «la vida es una campaña. Hacer grande al país es una campaña».

Otros presidentes han celebrado mítines en período no electoral para promover una ley o apoyar a algún otro candidato en una elección local o estatal. En los actos de Trump, él es el protagonista único y el motivo no parece ser otro que mantener enardecidas a sus bases.

A la hora del inicio, Huber esperaba en la primera fila frente al escenario, dentro de un hangar junto con otros 9.000 simpatizantes del presidente. Trump se exhibió con la puesta en escena propia de las grandes ocasiones al aterrizar a la vista de todos en el avión presidencial mientras sonaba la música épica de la película de 1997 *Air Force One*, protagonizada por Harrison Ford. En campaña hacía a menudo este tipo de apariciones grandiosas, pero en lugar de

descender de su *jet* privado, lo hizo por primera vez desde el avión oficial de los presidentes.

Trump bajó de la escalerilla con la primera dama Melania mientras el *DJ* hacía sonar el himno patriótico preferido del presidente: «God Bless the USA». Cuando oyen los acordes de esta vieja canción del cantante de country John Lee Greenwood, los seguidores de Trump alzan las manos al aire y se dejan llevar por la empalagosa melodía. Hasta los que se las dan de tipos duros se emocionan cuando escuchan este himno patriótico:

*«Estoy orgulloso de ser un estadounidense,  
donde [sic] al menos sé que soy libre.  
Y no olvidaré a los hombres que murieron,  
que me dieron ese derecho».*

Acto seguido el público estalló en cánticos de «¡USA, USA!».

Más informal que de costumbre (sin corbata y con el botón superior de la camisa desabrochado), Trump se subió al podio para mostrarse igual de combativo que durante la campaña, cargando contra los periodistas, quienes según él son adversarios que quieren frustrar su proyecto y perjudicar al pueblo estadounidense. «Quiero estar en la misma sala que los patriotas trabajadores estadounidenses», dijo Trump durante su discurso. «Estoy aquí porque quiero estar entre mis amigos y entre el pueblo».

Nadie entre el público parecía notar lo irónico de esas palabras. El rico presidente que venía de relajarse en su club para millonarios hablaba así a miles de seguidores, muchos gente de clase media y obrera como Huber. Una de las grandes contradicciones del fenómeno Trump es esa sintonía entre un líder y una masa que pertenecen a realidades dispares. El presidente multimillonario que se crió en una mansión de veintitrés habitaciones en el distrito neoyorquino de Queens y ha visto la realidad durante sus 71 años desde dentro de una burbuja de lujo y comodidades, se presenta como un hombre del pueblo capaz de entender las frustraciones y anhelos de los estadounidenses no privilegiados.

Toda su vida Trump ha parecido más interesado en buscar la adulación de los constructores de sus obras o los aparcachoches que en el reconocimiento de sus iguales, los ricos y poderosos, quienes le repudian por su falta de clase. Ese patrón, que marcó su carrera como empresario, se repitió cuando entró en política. Rechazado por las figuras más respetadas de la política estadounidense, Trump ha equiparado su condición de marginado al olvido y los estragos de la clase obrera blanca. La sintonía es posible porque Trump y las masas hablan el mismo lenguaje. Para los votantes con estudios, Trump suena como un patán sin sofisticación, pero el resto entiende su vocabulario simplista, una sucesión de eslóganes que presentan la realidad en términos maniqueos. Ellos y nosotros, los buenos y los malos.

«La llamada élite global mejoró su posición pero dejó a las familias trabajadoras con salarios cada vez más reducidos», dijo a sus seguidores en el mitin de Melbourne. «Realmente se están encogiendo. Hace dieciocho años, muchos de ustedes en esta sala ganaban más dinero trabajando con un empleo que el que están ganando ahora con dos y tres empleos».

Cuando llevaba un rato hablando desde el podio, Trump reconoció a Huber entre la multitud y le invitó a subir al escenario. «He visto a este hombre en televisión. ¡Usted! Le vi en televisión. Dijo “Amo a Trump. Dejen a Trump hacer lo que tenga que hacer”», se regocijaba el presidente. «Ese es mi tipo, ahí mismo. Es verdad. Venga aquí, venga aquí... Déjenlo subir, déjenlo subir», ordenó a los agentes de seguridad del presidente, quienes parecían creer que aquella decisión de su imprevisible jefe era una temeridad. «No estoy preocupado por él. Solo estoy preocupado por si me va a dar un beso».

Sobre el escenario, Huber sonreía de oreja a oreja. Abrazó al maestro de ceremonias y éste le cedió el micrófono por unos segundos: «Señor presidente, gracias señor», dijo al micrófono. «Nosotros, el pueblo, nuestro movimiento, somos la razón por la que nuestro presidente de EE. UU. está de pie aquí frente a nosotros hoy. Cuando el presidente Trump durante la elección prometió todas las cosas que iba a hacer por nosotros, sabía que iba a hacerlo por nosotros».

Después de su breve intervención, el presidente satisfecho le devolvió los elogios: «Ha nacido una estrella».



Huber entendió aquellas palabras del hombre al que más admiraba como una «entrevista de trabajo», según me contó mientras tomábamos café. «¿Ha nacido una estrella? Yo no me tomé eso a la ligera, no me lo tomé como una invitación a quedarme sentado de brazos cruzados. Por eso no he parado y voy en serio».

Este superfan encaja en el perfil de votantes blancos sin título universitario que apoyaron masivamente a Trump. Dos tercios de ellos votaron por él, lo que supone el mayor margen para un candidato desde 1980. En 2008 y 2012, los blancos sin estudios también prefirieron al candidato republicano frente al demócrata, pero con ventajas menores (61%-36% y 58%-40%). Huber me contó que llegó con su familia al sur de Florida con 16 años, después de que su padre consiguiera allí un nuevo trabajo como policía carcelario tras cerrar su restaurante de Long Island, en Nueva York. Después de acabar la secundaria, Huber trabajó durante diez años en el almacén de un supermercado de la cadena Publix y luego tuvo distintos empleos en bancos y como cartero. Llevaba solo un puñado de meses trabajando de vendedor de coches de segunda mano, como socio de un amigo de la infancia de Nueva York.

Sus padres y su exesposa, con la que tiene dos hijos menores, piensan que se ha vuelto loco por abandonar un empleo en el que le iba bien, según me dijo. «Por algún motivo quieren que busque un trabajo en el próximo mes. Les digo

que esto es mejor que vender coches, esto es mejor que ganar la lotería, pero no lo entienden».

Más que un fan, Huber suena como un creyente: «Cuando me dio aquel abrazo se convirtió en una especie de padre para mí. Olvídate. Mi vida cambió. Mira en el vídeo cómo cambia su cara. Y por eso me siento ahora tan cerca de este hombre».

«Ves a mucha gente que dice las mismas cosas que yo en las redes sociales», continuó Huber. «Me dicen “Gene, hablaste por nosotros aquel día. Mi pasión es como la tuya”. ¡Gente de todo el país! Leo esos comentarios y se me saltan las lágrimas. Nos sentimos como una misma familia. Por eso el presidente Trump nos dice que vivimos bajo el mismo hogar».

Una de las cosas más intrigantes que me dijo Huber aquella tarde es que nunca antes se había interesado por la política de esta forma. Durante muchos años se limitó a votar y a seguir las noticias de forma intermitente. He conocido a otros trumpistas fervorosos con casos parecidos. Lejos de lo que alguno podría pensar, no son estos votantes fanáticos unos *nerds* hiperinformados sobre la política (he conocido a seguidores de otros candidatos que sí son así). Unos me explicaban que antes de Trump, la política les parecía aburrida y otros que nunca antes habían oído a un político hablar de forma tan clara. Sherry Ray, una jubilada de Terre Haute, Indiana, me confesó al salir de un mitin de Trump: «Yo antes de Trump nunca seguía la política. Me moría de aburrimiento».

Huber recuerda que ya sentía sintonía con Trump desde hacía muchos años, cuando lo veía aparecer como invitado en programas de televisión como el de la popular Oprah Winfrey y hacía comentarios sobre el estado de las cosas del mundo. «Hablabla sobre cómo China nos estaba estafando y me quedaba pegado a la televisión. Pensaba “guau, lo que dice este hombre tiene sentido”». También le parecía *cool* verlo en su propio programa *The Apprentice*, el exitoso *reality show* de NBC en el que un grupo de concursantes con distintos perfiles empresariales competían por un lucrativo puesto de trabajo de un año en la corporación de Trump.

«El tipo es un ganador. Todo lo que el presidente hace se convierte en número uno», me dijo Huber y pasó a enumerar algunos de los logros de Trump, repitiendo algunas falsedades y exageraciones de éste que repiten sus votantes. «Mira su programa de televisión, tuvo un programa como número uno durante once temporadas, tiene un edificio en cada calle, en cada estado. Si él dice que va a ser el mejor presidente, me lo creo».

Huber ha viajado a otros rincones del país para ver a Trump en otros mítines en los que se ha hecho amigo de otros fanáticos como él. Llama la atención que muchos de estos *groupies* son jubilados. Algunos hacen sacrificios propios de adolescentes para ver a su estrella. Recorren cientos de kilómetros y acampan con sillas plegables a las puertas de los eventos, muchas horas antes del comienzo.